

## LA GUERRA DE DIOS

Juan C. Gay Armenteros\*

### 1. Introducción

«Guerra de Dios» es un título un tanto llamativo, pero justificado por tanta sacralización de la violencia desde que se produjo la masacre del World Trade Center, el pasado 11 de septiembre. Para unos, nada menos que la misericordia de Dios había permitido el castigo de Satán –esto es, Estados Unidos de América–. Para otros, las imploraciones para que Dios siguiera bendiciendo a América llegaron a confundirse con el dolor de la ira y la invocación a la venganza. Al elegir este título de «Guerra de Dios» me vi confirmado todavía más por un reciente artículo de José Álvarez Junco, preguntándose con cierta triste ironía de qué parte estaba Dios<sup>1</sup>.

El hecho es que, reflexionando sobre lo que ocurre, no tuve más remedio que volver al pasado y recaer así en mi inevitable formación de historiador, una de cuyas herramientas es el recuerdo. Recordar para entender y comprender, para que no nos ocurra aquello que de estudiante le escuché a quien entonces era el Rector de la Universidad de Granada, Federico Mayor Zaragoza: a fuerza de ser incomprensidos puede suceder que se nos acabe la capacidad de comprender.

El primer recuerdo es cercano en el tiempo. Retrocede a la década de los noventa, cuando el politólogo Francis Fukuyama, de origen japonés pero nacido en Chicago (1952), en un resonante artículo anunció «el fin de la historia»<sup>2</sup>. Puesto que el marxismo había difundido el método dialéctico de análisis y, sobre todo, el objetivo final de una sociedad –un mundo sin clases tras el triunfo de la revolución del proletariado–, y resultaba que todo este paradigma había acabado con un fracaso estrepitoso –ahí estaba el hundimiento de la Unión Soviética, junto con todo su universo y estrategia mundial–, ya no había más historia que analizar. La historia se había terminado desde la perspectiva marxista. En con-

---

\* El autor es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada. La presente colaboración responde básicamente al texto elaborado como conferencia en el Centro Francisco Suárez de Granada, en el marco del ciclo *Jueves culturales* del curso 2001-2002.

<sup>1</sup> «¿De qué parte está Dios?», en: *El País*, 12.10.2001. Álvarez Junco es catedrático de Historia de los Movimientos Sociales en la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>2</sup> El artículo, publicado en 1989, se convirtió posteriormente en 1992 en su conocida obra *The End of History and the Last Man*. Trad. española: *El Fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona 1992.

trapartida, el triunfo del capitalismo era completo. Y con ello la globalización sería un hecho consumado con todas sus consecuencias.

Pero he aquí que nos espantamos todos el 11 de septiembre, viendo al imperio atacado y, sobre todo, el cruel sacrificio de casi tres mil personas incineradas y masacradas de pronto. Desde entonces parece imponerse entre todos la conciencia de la fisura, de un comienzo de época y, en consecuencia, de un final de otra. Las fechas son discutibles y problemáticas, pero las necesitamos con frecuencia. Sin embargo, cómo se echa de menos una leve disciplina recordatoria y de memoria. El siglo XX se acabó en 1989, fecha de la caída del muro de Berlín, todo un símbolo que preludiaba el inmediato final del universo del denominado «socialismo real». Y cuando se estaba configurando lo que George Bush padre llamó «el nuevo orden mundial» –eran los tiempos del conflicto del Golfo Pérsico y del restablecimiento de Kuwait–, viene el zarpazo del 11 de septiembre de 2001. Es decir, 1989 pone fin al breve, sangriento y complicado siglo XX y, a partir de septiembre pasado, ha comenzado el siglo XXI, una nueva época histórica que desgraciadamente también ha tenido y está teniendo un parto de sangre. Para desasosiego de Fukuyama –aunque él y otros insistan en lo contrario–, la historia no ha terminado, ni mucho menos, sino que ha vuelto a manifestarse tras un agitado descanso de apenas diez años. Y cómo se está manifestando.

## 2. Intentos de análisis

La investigación histórica es una herramienta para rastrear determinados porqués, si bien, a veces, sus respuestas no sean enteramente satisfactorias. Porque hay que subrayarlo desde este momento: a diferencia de otras crisis recientes –la peor y más atroz de todas es la de la mayor parte del continente africano, pero también está ahí la descomposición de la antigua Yugoslavia con las secuelas de limpiezas étnicas nacionalistas conocidas, o la misma descomposición de la Unión Soviética, envuelta en el frío de la miseria y la desesperanza–, la crisis del 11 de septiembre no tiene una respuesta fácil, unívoca, que nos permita el uso de los materiales racionales comunes para el análisis. Por lo menos, yo no lo he encontrado en lo que he leído hasta ahora.

Los viejos marxistas pretenden argumentar que la desaparición de las torres de Nueva York y de toda un ala del Pentágono en Washington son una consecuencia de la opresión capitalista. En términos socioeconómicos, se afirma que es la revolución del *sur* contra el *norte*, manifestada de forma violenta y extremista. Aplican, una vez más, la tesis de la lucha de clases, en esta ocasión a nivel planetario, como se hacía en los años sesenta y setenta en todas las teorías del tercermundismo. Así lo ha expresado, sin ir más lejos, Manuel Vázquez Montalbán. También lo ha hecho la escritora italiana Rossana Rossanda en un

tono más agrio y polémico. En su «Notas de una antiamericana» pone el dedo en la llaga al acusar al poder mediático norteamericano y al juego contradictorio de la política exterior de aquel país. ¿Por qué, se pregunta la cofundadora de *Il Manifesto*, este escándalo por el apocalipsis de Nueva York cuando hemos estado rodeados de apocalipsis a los que no hemos dado la menor importancia?:

«En los últimos diez años se han sucedido devastaciones más violentas. Pero no hemos definido como apocalipsis el de los 150.000 degollados en Argelia, el de los 700.000 tutsis asesinados por los hutus, el de las 300.000 personas asesinadas en Irak durante la operación Tormenta del Desierto y el medio millón de niños que mueren, se estima, por el embargo de los medicamentos. Y mucho menos los 35.000 muertos de Turquía y los 70.000 de India, en este mismo año 2001, aunque la especulación no es ajena a estas catástrofes»<sup>3</sup>.

La cita es terrible. Como casi siempre, lo que indica es verdad, pero no toda la verdad. Para empezar, la muerte y el horror no creo que puedan medirse por cantidades y, en cualquier caso, toda la injusticia informativa anteriormente denunciada no anula la muerte y el horror de las víctimas de las Torres Gemelas.

No veo clara esta versión marxista de la crisis. Lo del 11 de septiembre no fue obra de los pobres de la tierra. Fue financiada por cuentas multimillonarias enquistadas en pleno corazón del sistema capitalista, que es la banca internacional, ejecutada por hombres que creían purificar su alma y alcanzar el paraíso eterno y justificada religiosamente, como una acción de los creyentes contra los infieles. ¿Dónde están los miserables de África, los hambrientos de América, los harapientos de Asia o los marginados del primer mundo? ¿Dónde el proyecto de cambio para acabar con la injusticia de la miseria? ¿Cuál es la alternativa? Por lo que sabemos, la injusticia que se cita más reiteradamente es la cuestión palestina. Estamos ahí ante un caso cierto, pero es algo restrictivo para una cuestión muy compleja. La opresión a la que se hace mención tiene, sobre todo, tintes sacralizantes, porque se habla de la opresión del *Islam*. No se habla del pueblo en términos sociológicos, sino religiosos: el pueblo son los fieles. Y por si puede servirnos de algo, el propio Bin Laden, en unas manifestaciones grabadas y difundidas por todo el mundo, advertía que no se volvería a producir la tragedia del Islam en Al-Andalus, es decir, el Islam no sería expulsado de ningún territorio más. En consecuencia, la vieja concepción marxista de la lucha de clases no acaba

---

<sup>3</sup> El texto completo se puede encontrar en <http://teleline.terra.es/personal/fcm00006/rossana.html>.

de tener un encaje claro en este conflicto o, por lo menos, no han estado muy finos los que han hecho este tipo de lecturas hasta ahora.

Una segunda aproximación es la que yo llamaría textual, muy prolija entre los distintos expertos en interpretaciones coránicas y de la religión islámica en general. Precisamente la aportación de estos expertos ha sido así de abundante en razón de la sacralización de las justificaciones de los atentados. Por esta aportación nos hemos enterado, con más exactitud de la que nos proporcionaban las informaciones periodísticas, de la verdadera significación de *yihad* para los creyentes musulmanes. Incluso un académico tan ilustre como Juan Vernet<sup>4</sup>, que ha traducido varias veces el Corán, afirma tajantemente que la *yihad*, entendida como guerra santa, no existe. Se han reproducido igualmente, por todos lados, textos coránicos muy expresivos y hermosos sobre la misericordia divina, la hospitalidad, la igualdad y la paz. Y aunque los textos sagrados de muchas religiones son ambivalentes en cuanto a la misericordia y a la dureza, a la guerra y a la paz –también los textos del cristianismo, como lo demuestran algunos pasajes de la Biblia–, ha sido muy enriquecedora la demostración de lo que algún escritor ha denominado como «el rostro pacífico» del Islam.

Sin embargo, creo que igualmente lleva razón Pedro Martínez Montávez cuando afirma que el Islam perdió el siglo XX<sup>5</sup>. Coincido también con otro arabista, Mikel de Epalza, en que la realidad islámica es tan grande y compleja, desde Filipinas hasta los Estados Unidos, que, a veces, las relaciones, intereses y hasta incluso las mismas creencias de un musulmán de Los Ángeles tienen sólo una relativa relación con otro de Qatar, por ejemplo.

Ahora bien, a pesar de los textos y las doctrinas, ahí están los otros textos, los hechos y las otras doctrinas: la guerra implacable a los infieles, las justificaciones, a veces terribles, de los atentados a Norteamérica y el grito de la *yihad* por todas partes, desde Islamabad hasta Tetuán, un grito de exterminio contra Occidente y los infieles cultivado por las otras doctrinas interpretativas coránicas de cientos y miles de *madrasas* en todo el mundo musulmán. Ya sé que es una anécdota y que no se pueden sacar conclusiones generalizadoras, pero al día siguiente del 11 de septiembre, por razones personales que no son al caso, hube de subir al Albaicín y me topé con varias pintadas nada tranquilizadoras al res-

---

<sup>4</sup> Juan Vernet Ginés es actualmente catedrático de Lengua y Literatura Árabes en la Universidad de Barcelona.

<sup>5</sup> Cf. *El País Semanal*, 7.10.2001: «Tengo la sensación de que el siglo XX es un siglo perdido para el mundo árabe. Y eso es terrible... Después de esa segunda guerra del Golfo, pensé que había que hacer un arabismo que fuera más allá de lo erudito. Fue una experiencia terrible para mí, que llevó a la necesidad de buscar respuestas intelectuales. Quiero tener respuestas a lo que ha sido este siglo XX para el mundo árabe, que ha sido casi estéril, inútil. Es la pregunta que me hago».

pecto. Una de ellas afirmaba gozosa: «¡Jaque a las Torres!».

No es menos cierto también que junto a tanto estruendo de los integristas, junto a tanto clérigo desafortunado predicando la guerra santa en las manifestaciones de Pakistán y de otros sitios, está desarrollándose un movimiento de autocrítica dentro del Islam, que pone de manifiesto el arcaísmo del integrismo, sus propias injusticias internas y la necesidad de que el Islam acepte lo laico y la sociedad civil. Las reflexiones de Dariush Shayegan o de Tariq Ramadan<sup>6</sup> al respecto son muy alentadoras. Pero es cosa de intelectuales que se atreven a criticar la simplificación maniquea de los islamistas extremistas. Nada más. Las masas hoy por hoy, sobre todo en algunas partes, están dispuestas a seguir empapándose del integrismo y marchar al sacrificio por Alá. Desengañémonos: decir que Bin Laden y otros no representan al Islam o tienen una interpretación que no es la correcta del Corán puede ser verdad, pero no deja de ser también una discusión un tanto académica. Los hechos, una vez más, son tozudos y se nos imponen.

### 3. Una perspectiva histórica

Hay una tercera aproximación, que para mí es más satisfactoria, aunque tampoco lo es enteramente, porque, repito, todavía no estamos en condiciones de explicar el 11 de septiembre coherentemente, y aun menos de predecir los cambios que acarreará al mundo del porvenir. Hace algunos años, cuando dirigía la Universidad de verano de Baeza, tuve la oportunidad de conocer a Bichara Khader, un politólogo palestino que enseña en la Universidad de Lovaina. En su conferencia académica, en escritos que me dejó después y, sobre todo, en conversaciones con él, me planteó una visión bastante aceptable sobre la historia y evolución del mundo islámico: etapas de expansión, esplendor y dominio, seguidas de etapas de crisis, descomposición y hundimiento, recordando el enfoque que en el siglo XIV ya hiciera Ibn Jaldún<sup>7</sup>. Naturalmente para Khader contaban la cultura y la civilización, pero sobre todo los valores de poder y dominio y el símbolo de ese poder y de la unidad del Islam. Así que los periodos positivos eran de expansión y de configuración de grandes imperios, en los que el poder sacralizado unía a millones de creyentes. Por el contrario, los periodos negativos suponían repliegue, pérdida dolorosa de territorios y fragmentación política, es decir, pérdida de la unidad. Esta tesis la he visto confirmada

<sup>6</sup> Shayegan es exprofesor de Filosofía Comparada en la Universidad de Teherán. Ramadan es profesor de Filosofía y de Islamología en la Universidad de Friburgo. Véanse sus puntos de vista en la entrevista que les hace *El País*, 14.10.2001.

<sup>7</sup> Cf. KRAUZE, E., «Odios teológicos», en: *La Insignia*, 25.9.2001 ([http://www.lainsignia.org/2001/sep-tiembre/int\\_125.htm](http://www.lainsignia.org/2001/sep-tiembre/int_125.htm)).

recientemente por el lingüista y ensayista francés de origen búlgaro Tzvetan Todorov. Llega a decir que, en realidad, todo esto del integristismo no es sino un proyecto de poder: «El islamismo, lo mismo que el nacionalismo de Milosevic o el de los terroristas vascos, son una vestimenta, una retórica. La causa profunda está relacionada con un proyecto de poder»<sup>8</sup>.

No me voy a remontar a Al-Andalus, aunque como he mencionado más arriba Bin Laden sí lo ha hecho, sino a fechas más próximas y cercanas, a ese complejo y corto siglo XX. Creo que la última expansión islámica que sirvió de unidad de los creyentes estuvo representada, y fue durante mucho tiempo punto de referencia, por el Imperio Otomano. Una estructura decadente, pero que se mantuvo en pie a lo largo del siglo XIX con toda su apariencia de grandeza. Al Imperio Otomano las modernizaciones del siglo XX se le vinieron encima. El sultán fue derrotado en la I Guerra Mundial y además mostró ser incompatible con la democracia y el laicismo. Esto lo vio con claridad Mustafá Kemal, el Kemal Atatürk padre de la Turquía contemporánea. Su revolución fue el primer intento contemporáneo por poner a punto las estructuras sociales y económicas de una sociedad islámica, más allá de las lecturas coránicas y de acuerdo con los avances sociales y económicos que estaban desarrollándose en Europa y América. La República de la Turquía laica de Kemal Atatürk, que hundió en el recuerdo de los tiempos a la monarquía sacralizada representada por el sultanato, fue un punto de referencia para los que no estaban de acuerdo con el Islam tradicional. Puede decirse, en términos generales claro está, que la mayor parte del siglo XX ha sido de esfuerzos y de intentos en el mundo islámico por coger el tren de la modernidad o, si queremos, por coger el siglo XX.

Después de la II Guerra Mundial se inicia todo el proceso de descolonización, que tendrá una importancia capital y será punto de inflexión en este intento de modernización: desde Filipinas hasta Marruecos la oleada descolonizadora será imparable. Con la excepción de Arabia, ¿cuál es el modelo de las nuevas naciones de cultura y religión islámicas, que surgen en el proceso descolonizador de los años cincuenta y sesenta? Desde luego no el del Islam tradicional de las viejas monarquías sacralizadas, sino el de un nacionalismo laico que frecuentemente se adapta a modelos socioeconómicos socializantes. Los líderes del nacionalismo árabe creían en la industrialización, en el progreso a través de una educación moderna, en la igualdad de sexos y en la promoción social. Tal vez extrañe, teniendo en cuenta los tiempos que corren, que el padre del Túnez contemporáneo, Habib Bourguiba, prohibió el *Ramadan* porque, decía, su país no podía permitirse el lujo de estar un mes sin trabajar. ¿Y qué decir del programa político de Nasser en Egipto? ¿O del partido Baas, socialista en Siria y en Irak?

---

<sup>8</sup> *El País*, 14.10.2001.

La unión del mundo árabe no se basaba en las interpretaciones del Corán, sino en pura política, en la recuperación de la política de unas gentes que habían estado apartadas del mundo y de la política por los Imperios coloniales y el ensimismamiento del pensamiento religioso. Hoy día, cuando en el mundo islámico se han vuelto a sobreponer valores exclusivamente religiosos, nadie se acuerda de aquel intento significativo que quiso ser la República Árabe Unida (R.A.U.), que, en principio, pretendía aglutinar a Egipto, Siria e Irak. Al final todo se vino abajo.

La alternativa a los viejos tiempos quiso ser el intento de tomar el tren de la historia. Ese tren, sin embargo, tuvo para los países descolonizados –incluso para el Tercer Mundo en general, que pretendía ser una alternativa a los dos bloques también en las relaciones internacionales– muchas vías muertas y grandes obstáculos que determinaron el descarrilamiento definitivo. El neocolonialismo les hizo ver cuán precaria era la libertad soberana recién obtenida. Muchos de los modelos económicos estatistas e industrialistas que se quisieron imponer fueron ruinosos y desastrosos, incluso al margen del neocolonialismo –el caso de Argelia me parece paradigmático–. El juego de la guerra fría acabó envolviéndolos en una dialéctica, que echó a pique finalmente todo lo que quería significar el movimiento de los No Alineados. Y, por último, lo que quedó en muchos sitios fueron sociedades tradicionales desarticuladas, miseria y explotación. La recuperación de la política para millones de personas, que habían permanecido secularmente apartadas de ella, se concretó en el establecimiento de regímenes dictatoriales de partido único, en los que la corrupción chocaba violentamente con la miseria de las masas.

Se trató de un fenómeno generalizado, que se prolongó en los setenta y afectó a todo el Tercer Mundo, independientemente de su religión. En el mundo musulmán habrá además unas cuantas referencias que estimularán el renacimiento del integrismo religioso en las *madradas* en plena época de la postmodernidad. La primera en el tiempo fue la cuestión de Palestina. Siempre y, con frecuencia, con razón ha sido la demostración más palpable de la doble vara de medir que ha utilizado Occidente para con los musulmanes. No es la ocasión para un análisis histórico de esta cuestión, pero la verdad es que el Holocausto y la II Guerra Mundial fueron, en definitiva, un problema entre cristianos y judíos en el que, al final, los paganos resultaron ser los musulmanes de Palestina. La viabilidad del equilibrio entre, por un lado, la existencia del Estado de Israel junto con el ejercicio del derecho de muchos judíos a tener un lugar seguro en el mundo donde vivir y, por otro, el ejercicio del derecho de los palestinos a tener también un hipotético estado y seguridad en su vida, se ha demostrado hasta ahora imposible –añadamos el enorme papel simbólico de Jerusalén para judíos, cristianos y musulmanes–. Pero el predominio ha sido siempre de Israel, gracias

al padrinazgo norteamericano y a la influencia que el poderoso *lobby* judío ha tenido siempre en Estados Unidos. Las sucesivas derrotas árabes en las guerras de Oriente Medio han pesado mucho en la sensación de humillación de todo este mundo. Y la pregunta ha sido en todas las épocas obvia: ¿el pequeño estado de Israel sería lo que es sin Estados Unidos?

Pero no ha sido sólo la cuestión de Palestina. Ahí están los asuntos de Cachemira y el de Afganistán –considerado por los soviéticos como una pieza estratégica, como antes lo habían hecho los británicos en su reparto del mundo con los norteamericanos en sus diferencias con China–. Ahí están también la guerra del Golfo y el hundimiento de Irak, sin tener en cuenta a Sadam Husein... Todo esto se ha utilizado como explicación de ese rebrote de fanatismo religioso.

Las sociedades tradicionales quedaron desarticuladas por una modernidad que o bien no acababa de llegar definitivamente, o bien era demasiado agresiva tal y como ocurrió en el caso de Irán. El bienestar y la democracia eran un puro sarcasmo en megalópolis de miseria como El Cairo o Karachi, donde los regímenes políticos acentuaban la farsa de esa democracia. Se echaba de menos la *Uma*, la antigua comunidad. La tentación que justifica todos los integrismos fue evidente: así nos vemos porque hemos abandonado las tradiciones y la religión. El punto de partida se detecta en Egipto, con los Hermanos Musulmanes, pero el triunfo de Jomeini en Irán, independientemente de interpretaciones religiosas, animó a todo el mundo musulmán. Prácticamente la totalidad de todos los movimientos integristas musulmanes y la mayoría de las escuelas coránicas, que mantienen viva el ascua de las esencias, fueron sufragadas por las riquísimas monarquías petroleras de la península arábiga, especialmente por Arabia Saudí, cuyo papel en todo esto es de una paradoja extraordinaria.

Y aquí estamos, en plena crecida del integrismo como respuesta al fracaso de la recuperación de la política en los años cincuenta y sesenta en el mundo musulmán, y también como aspiración a recuperar las glorias perdidas por medio de la inmolación y el daño a un Occidente simbolizado por Norteamérica.

#### 4. Consideraciones a propósito de la explosión fundamentalista

Añado tres consideraciones a estas reflexiones sobre lo que estamos viviendo en estos comienzos del siglo XXI. La primera es que, por lo que nos llega, el impacto del 11 de septiembre sobre la sociedad norteamericana ha sido tremendo y con diversos matices. Por un lado, nos hallamos ante un país fuertemente cohesionado, dolorido y conmocionado, que tiene que replantearse su

orgullo seguro y que nunca había sufrido un ataque exterior –lo de Pearl Harbour no viene al caso–, a pesar de haber participado en todas las guerras recientes. Por otro lado, constatar con el conocido intelectual palestino Edward Said la simplificación impuesta por los medios de comunicación en la mente de muchos norteamericanos respecto, sobre todo, al problema de Palestina: han hecho proliferar la ecuación sencilla *palestinos = terroristas*, ampliándola a los musulmanes en general. Pero Bin Laden no es palestino, ni tampoco muchos de los terroristas suicidas de los aviones. ¿Servirá el impacto del horror para la reflexión de la administración norteamericana y de los ciudadanos? Los signos son diversos y contradictorios. Bush, que está siendo más prudente de lo que muchos pensábamos, ha dado pasos hacia la racionalidad, al advertir que los musulmanes americanos son también ciudadanos y reconocer explícitamente, junto con Colin Powell, la necesidad de un estado palestino viable. ¿Será esto el final del apoyo ciego a Israel, hagan lo hagan muchos extremistas judíos? ¿Será el final del apoyo a Sharon, cuya política, con los antecedentes de Sabra y Chatila, no podía ser otra que la que ha sido? Desgraciadamente la espiral de violencia y terror en la zona –asesinato del ministro israelí y política judía de represalias–, promovida por todos aquellos que no quieren la convivencia en paz, auguran malos tiempos. Pero ya sería bueno para todos que la política norteamericana en la zona fuera más compleja y menos unilateral que hasta ahora.

La segunda consideración hace referencia a nuestro país, a España, y no tanto a la política concreta que el actual gobierno pueda estar desarrollando en la crisis –para mí, desde luego, discutible y criticable, pero, al fin y al cabo, la política concreta siempre es discutible–, sino a la actitud de la mayoría de los españoles. Por las encuestas realizadas por el CIS, la inmensa mayoría de los ciudadanos ha rechazado los atentados contra las torres y ha apoyado la coalición antiterrorista internacional propuesta por Estados Unidos (prácticamente el 80% de los encuestados). Sin embargo, a la hora de preguntar si estarían dispuestos a participar en operaciones contra los talibán, el porcentaje disminuía significativamente. Aquí quiero mostrar mi inquietud: no acabamos de romper con una cierta actitud aislacionista respecto al mundo que nos rodea. Sabemos reconocer un problema tan claro como el terrorismo –¡faltaría más!–, pero a la hora de hacer algo escurrimos el bulto y dejamos que sean otros los que arreglen los problemas. Tenemos una solidaridad más bien retórica y carecemos de una conciencia sobre nuestra propia defensa. De hecho, tendríamos muy serios problemas si, pasado mañana,uviésemos un ataque exterior.

Igualmente creo que la sociedad española de hoy tiene mucha retórica de paz, pero poco contenido para ese concepto. Invocar sin más la paz sirve de poco, si no la concebimos activamente. Determinada progresía sigue basándose en un antinorteamericanismo propio de la guerra fría, que tiene su explicación

histórica, pero que hoy sólo es retórica y sólo sirve para distraer y oscurecer los conceptos. El antimilitarismo de antaño dio paso a la supresión del sistema militar obligatorio y la supresión de cualquier conciencia de servicio a la colectividad nacional. No estoy seguro de que los jóvenes de hoy sean más pacifistas que los que hacían el servicio militar, con todas las excepciones que se quieran. El culto a la violencia se ha incrementado de forma alarmante en nuestros adolescentes, lo mismo que el racismo. Las encuestas en esto son preocupantes. E incluso se propicia y defiende la guerra «contra los moros». Y no hablemos de nuestra escasa conciencia identitaria –la obsesión norteamericana por la bandera es, desde luego, cargante, pero nuestra nadería es preocupante–.

Finalmente, pero no lo menos importante, el 11 de septiembre debería dar lugar a otra praxis en determinados usos de la política internacional. Ya sabemos que Bin Laden fue financiado y, en cierto punto, creado por los Estados Unidos como un elemento de apoyo en su enfrentamiento con los soviéticos en Afganistán. Recientemente Zbigniew Brzezinski, exconsejero de seguridad nacional de Carter, contestaba angustiado, cuando se le echaba en cara la doble moral de las políticas secretas, que entonces eran más importantes las estrategias de Estados Unidos frente a la Unión Soviética que alimentar el fanatismo religioso y terrorista. Del mismo modo, Kissinger se muestra irritado cuando se le critica el apoyo a Pinochet y a otros dictadores sangrientos, porque servían a los intereses norteamericanos. ¿Servirá esta crisis para cambiar este tipo de cosas? Me temo que no. En la guerra que los norteamericanos han iniciado como respuesta al ataque a las Torres Gemelas ya han dicho explícitamente que habrá «guerra sucia» y que seguramente no nos enteraremos nunca. ¿Se va a poner en cuestión el papel de Arabia Saudí y otras satrapías cercanas, financiadoras del terrorismo integrista musulmán? Hasta ahora la terrible situación de los derechos humanos en la península arábiga no ha sido cuestionada, porque se trata de países ricos –con petróleo– aliados de Washington.

También sabemos que todo tipo de terrorismo necesita armas y laboratorios, ahora que parece que nos espera el duro y largo invierno de la guerra bacteriológica. Se precisa, sobre todo, dinero, el cual corre por las venas del sistema capitalista con toda comodidad amparado por los denominados «paraísos fiscales», descanso de todos los dineros ilegales. ¿Se va a hacer algo al respecto? La Asamblea Nacional Francesa acusó directamente al Reino Unido de permitir este tipo de paraísos en territorios que dependían directa o indirectamente de su poder –Gibraltar, por ejemplo–. Toda la capacidad política de Tony Blair, que es mucha, puesta al servicio de la alianza internacional de apoyo a los Estados Unidos y al envío de barcos y aviones británicos a la guerra, podía haberse empleado, al menos un poco, en el desmantelamiento de esos chiringuitos financieros por donde se mueven los miles de millones de Bin Laden, ETA y los narcos.

Todavía en estos usos internacionales seguimos aplicando los principios cuando nos interesan. Eso tiene muchas incompatibilidades que, a la postre, acaban provocando un efecto «boomerang». Las acusaciones de hipocresía y doble rasero al medir, lanzadas contra los norteamericanos por los vociferantes clérigos musulmanes de Islamad o Lahore, caen en el terreno abonado de una población que tiene ejemplos evidentes donde creerlas. «No se puede relativizar lo intolerable», afirmaba con toda energía Nicole Fontaine, presidenta del Parlamento Europeo. Y es verdad. Esto sirve para toda clase de terrorismos y usos internacionales poco claros. No vale menos la vida de un guardia civil, ni debe ser menos contundente la condena de su asesinato por parte de ETA. Pero tampoco debe valer menos la condena contra la falta de derechos de la mujeres saudíes que la que continuamente hacemos contra la situación de las mujeres talibán. Los principios fundamentales y los derechos son universales o no son.

### 5. Conclusión

Una confesión personal para terminar. Naturalmente que este conflicto, que no sabemos lo que durará y que tiene como paganos fundamentales a inocentes –bien sea una muchacha que trabajaba con su ordenador en el piso 80 de una de las Torres, o el pobre y miserable refugiado afgano que no encuentra un suelo donde poder vivir–, ha permitido observar, criticar y elegir a mucha gente. Con Savater, creo sinceramente que hay unos sistemas políticos preferibles racionalmente a otros:

«Prefiero, sin lugar a dudas, las democracias en las que se puede criticar a Bush, aunque sea cristiano, que las teocracias en las que no se alza ni una voz contra Bin Laden porque es musulmán. Y, desde luego, no creo que sean siquiera comparables los países en los que se puede ser musulmán, siempre que se respeten los derechos cívicos de los demás (y, sobre todo de las demás) con aquellos en los que no hay más remedio que ser musulmán para tener derechos cívicos»<sup>9</sup>.

Vuelvo al principio, al título que hace referencia a Dios, a ese Dios tan traído y llevado desde hace mes y medio. Basta ya de creerse predestinados y de tener asegurada la bendición divina por ser un país poderoso y rico, como muchos predicadores americanos han hecho creer a sus gentes. Y basta de ya de invocar al Dios misericordioso, que ha permitido asesinar a tres mil personas. Les confieso que en el mundo que vivimos, cuyas tres cuartas partes se encuentran sumidas en la pobreza, el hambre, la enfermedad y la destrucción, lo que yo,

<sup>9</sup> SAVATER, F., «La civilización y lady Mary», en: *El País Semanal*, 20.10.2001.

de verdad, constato es el estruendoso silencio de Dios. Y que como creyente mi oración recoge con frecuencia el pasaje evangélico del sueño de Jesús en la barca, durante la tormenta, y el grito angustiado de aquellos hombres: ¡despierta, Señor, que perecemos! (cf. Mt 8,23-27).